

EL AGUILA,

PERIODICO INSTRUCTIVO Y LITERARIO.

SERIES DE 90 INDIVIDUOS PARA JUGAR A LA LOTERIA

Sale cuatro veces al mes. Para cada serie de 90 suscritores, se toman, un billete entero, cuatro décimos y ocho papeletas de la Primitiva y cuatro suscripciones gratis.	Precios de Suscripcion. 5 reales al mes en la capital, 18 reales por trimestres adelantados, fuera de la capital.	Se suscribe en Sevilla en su redaccion calle de la Cerrajería núm. 34, y por nuestros correos en los principales pueblos de la provincia, y en todas las administraciones de correos del reino.
Año I.	Lunes 15 de Marzo de 1858.	Núm. 6.º

Ciencias Naturales.

DE LOS ANIMALES EN GENERAL.

La indulgencia con que ha sido recibido por V. jó mi apreciable amigo! mi primer artículo, me ha dado ánimo para atreverme á su continuacion, si bien cada vez se presentan mayores dificultades á mi corta capacidad, atendiendo á lo estenso de la materia, á lo mucho y bueno que se ha escrito sobre ella, y á la condicion que V. me espuso de ser lacónico y compendioso, y de acomodar los pensamientos, frases y palabras á la comprension comun. Estas dificultades, espero vencerlas á proporcion que me vaya acostumbrando á esta especie de trabajos.

Despues de haber considerado al hombre como un ser superior á todos los creados sobre la tierra, por tener un alma, que al criarla Dios é infundirla en su cuerpo, la ha dotado de unas cualidades tales, que le hace ser semejante á su criador. Esta circunstancia es una muralla impenetrable, invencible, que separándole de los demás animales, estos no han podido traspasar para ponerse en parangon con él. En vano unos, como los monos, quieren imitar su gesticulacion y movimientos; otros, como algunos pájaros, remedar su voz con la articulacion de algunas palabras sueltas é inconexas; otros en fin, presentando un cierto grado de conocimiento, ejecutan actos grandes, estupendos, maravillosos. Pero no alcanzan, no llegan ni han llegado jamás á poderse colocar al lado del hombre. Poco importa el que los naturalistas, prescindiendo de todo, y solo atendiendo á las organizacion y forma, le coloque aunque en primera linea, en una misma escala con los monos.

Nosotros, considerándole como lo hemos hecho, un conjunto de alma y cuerpo, le dejaremos por ahora en el lugar preeminente que le pertenece, y al estudiar los demás seres creados, nos conven-

ceremos de la existencia de este muro que le separa de todos, y cualquiera que sean las cualidades que observémos, si nos parece alucinados por un momento, que quieren traspasar este vallado, levantaremos la voz y le gritaremos: *nomplus-ultra*. No podeis ir mas allá.

La multitud y complicada variacion de todos los seres que existen sobre la tierra, ha mortificado, y aun mortifica á los naturalistas, cuando intentan clasificarlos en familias, géneros y especies. La clasificacion comun antigua, basaba en tres principios á saber: seres que existen, los minerales. Seres que existen y viven, los vegetales. Seres que existen, viven y sienten, los animales. Estas tres grandes clases le llamaron reinos, distinguiéndolas con los nombres de reino mineral, reino vegetal y reino animal.

Esta clase ha sido desechada, en el rigorismo con que fué admitida, por lo absurdo de sus principios, pues niega á muchos seres cualidades que les son propias é inherentes. Despues se han formado multitud de clasificaciones, todas erróneas, porque son incompletas: por ser imposible separar en distintas escalas á seres que despues de bien examinados, se ven que pertenecen á dos á mas clases por la semejanza de organizacion, índole y costumbres.

Sin embargo de lo dicho, siéndonos preciso sujetarnos á una clasificacion, si hemos de proceder con método, para que podamos ser entendidos, usaremos la antigua y comun denominacion de minerales, vegetales y animales; á estas tres grandes secciones, vamos á marcarles las cualidades características que le distinguen entre sí, para que nos sirvan de preliminar para en adelante.

En general, los cuerpos, ó son orgánicos ó inorgánicos. Estos son aquellos que desprovistos de órganos, obedecen solo á las leyes generales de la naturaleza, y los primeros, aquellos que estando dotados de un aparato orgánico, mas ó menos com-

El Azoe es el prin-
elemental que sir-
base á la sustancia
al.

Tienen necesidad
roducir dentro de
mos los materiales
ados á su alimento
ricion, sugetándolo
ccion de sus órganos.
e distinguen á cada
ses, continuaremos-

JARDO LOPEZ.

en.

a vez primera
ura,

ellera

r dulzora,

hechicera,

gura!...

lo inocente

te...

s lares,

atregaron,

altares

saron,

res

formaron.

entura

noble y pura.

ellas flores

fragancia,

brindó amores

infancia.

idores

la estancia,

gloria

historia...

vida

nzada.

empló perdida

entregada,

da

gada...

on extraños,

le 15 años!

on.

ejaron;

pusieron;

praron;

rnecieron

Es á la verdad mucha lastima que ella este
asi (repetia á cada paso la hermana), porque es
preciso decir que la pobre es servicial hasta no
poder mas. Encuentra á una muchachita que vie-
ne de la fuente! va y la coge el catarro, y se lo
lleva. Vé al jardinero con el azadon en la mano?
al instante se le agarra, y se pone á ayudarle;
esto lo hace con un aire, que si no la contuvie-
sen, lenia vuelto de arriba abajo el jardin cuan-
do menos se pensase. Hay que cortar algun ar-
bol coge una hacha, y á cada golpe hace unos
cortes que los mejores montecos se quedarían con
la boca abierta. Y cuando aquel javi, persigui-
do por los perros del arveador, llegó hasta la
praderita en que estaban jugando los hijos de
este! pobres de ellos si Azakia no lo hubiese vis-
to... pues inmediatamente empata una hora
que habia allí, como si fuera una paja, va á él
corriendo, se la encaja por el gazate, como si
fuera de mantequilla, y patapuf y ya está en tier-
ra. Y de esto no hay que pensar en darla gracias,
porque se enfadaria si se quisiese hacer. Dios
miol que lastima que esta pobre muger tenga la
cabeza algun tanto trastornada, y que no sea

VARIOS PASOS DE AZAKIA.

Capítulo XXI.

— 91 —

— 94 —
mo momento de sepultarse el sol, y estas las re-
novaba todos los dias, llevando las que recogia
del día antes á su cabaña, en que las conservaba
con cuidado, para tener todavía que ofrecer á su
amante cuando el viento del norte no dejase nin-
guna en la tierra.

Tenia tambien un gran gusto en saber el nom-
bre de aquellas que componia su ofrenda; y una
vez que entre ellas se hallaban unas que (en
lengua francesa) se llama sonàs, asi que nos las
oyó nombrar; esta palabra (nos dijo), nó signi-
fica tambien penas, inquietudes y cuidados? No-
sotros les respondimos que sí, é inmediatamente
empezó á recoger cuantas habia por allí de
esta especie, y no sosegó hasta que estuvo bien
asegurada de que no quedaba una siquiera.

Despues «oh Dios! (esclamó! has de modo
que solo Azakia las conozca!» y haciendo de ellas
un ramo se lo puso en su pecho, y añadió: «tris-
tes flores; estando sobre el corazon de Azakia
os hallais en vuestro propio lugar. La pobre
Azakia os regará con sus lágrimas.»

Con todo, Nosrou no se absorvia toda su sen-
sibilidad; pues á mi me amaba con la ternura de
una verdadera madre adoptiva: amaba tambien
á mi primo como al esposo de su hija, y tenia á
mi tia un afecto mezclado de admiracion é in-
quietud.... «Qué es lo que tienes? (le decia una
vez), qué pena es la que ocultas en tu alma? Tú

Oh Azakia! oh Nosrou! «esclamó aquella des-
graciada, y cayó en una especie de estupor que
le duró algun tiempo.... Pasado este....» Oh hija
miol (prosiguió) yo me abandono á tus consejos.

«Pobre Azakia: tu no sabes que la Francia
es infinitamente mas grande y mas poblada que
tu patria. La casualidad sola puede hacerle hallar
á tu amante: los viajes que haces en su busca na-
so te alejarán mas de él, y á cada paso encontra-
rás gentes crueles que le disputarán los frutos de
la tierra. Con nosotros no te faltará nada, y si tu
amante vive todavía, y el cielo quiere reuniros,
el cielo mismo nos le traerá aquí.»

La pregunta era ejecutiva, y así nos dejó á
todos sin saber que decir, especialmente á mi, á
quien se habia dirigido, dando á entender con
su semblante que esperaba una pronta respues-
ta. Mi tia me hizo señal de que yo se la diese, y
habiendo quedado con los ojos contornados, poco
mas ó menos, en cual habia de ser, le dije así:

DETENESE Y AZAKIA.

Capítulo XIX.

— 86 —
«Decid, dónde está Nosrou? y la agraciada Azakia
rogará al cielo derrame sobre vuestras cabezas
todas sus bendiciones.»

— 85 —
ce lunas despues del nacimiento de Zenia...»
«Nada podía detenerme ya en mi patria. Nosrou
me llevó á una gran poblacion en donde ven-
dimos la peleteria de que habiamos cargado,
y nos embarcamos para Europa. Yo dí un tris-
te á Dios á mi tierra natal.... Oh Nosrou! tú no
viste mi dolor; pude ocultarle á tus ojos. Pero
las amenazas que mis antiguos dioses me hicieron
en sueños.... Ah! demasiado realizadas se han
visto....! Una horrible tempestad...»

Deténese aquí; cree ver las olas espumosas y
enfurecidas delante de ella: retira una pierna co-
mo huyendo de que la toquen: con la otra es-
tendida, se agarra en la tierra para resistir sus
esfuerzos: echa el cuerpo atrás cuanto lo permi-
te el equilibrio: levanta sus brazos, y con las ma-
nos parece que quiere contener el espectáculo que
su imaginacion le presenta: su boca queda á me-
dio abrir: en sus ojos abiertos, á cuanto alcan-
zan sus párpados, se vé la viva y fija espresion
del espanto: el arco de sus cejas pierde su forma:
el improviso movimiento que hizo para tomar
esta actitud, la elevacion forzada de los mús-
culos de su frente, y la violenta crispatura de sus ner-
vios tienen como herizados sus cabellos.... su
respiracion queda suspensa.... y despues de al-
gunos momentos de una espantosa inmovilidad....
«Esposo miol hija mia!» esclama, con un acento
despedazador, y haciendo el ademán de querer-

«¡Cristi! ¿ha mas que p
es la criatura mejor
con todo mi corazon.
porque en efecto ella
sion de la hormana, se
Ademas tenia con
nes, y cuidadosos con
el corazon sabe acons
Pero ni los servi
sus cuidados hacia no
mento del objeto que
lo pensaba en Nosrou
a toda la naturaleza.
En aquel pedazo
ha que le diese, habia
estas largas y raras
enturada hacia la parti
pasaba las noches y p
cuidado cuando empe
tónes iba corriendo
ola le trata a su ama
Tambien iba sin
cuando alcanzaba a v
ante la noche oia el
cion, volvía a ella ta
allí un eco le repetic
Nosrou, y las súpticas
Un día que la segu
de corteza uno sobre

— 89 —
tener miedo a estas cosas.»
Azakia se habia alejado hacia el lado del mar,
y no pudimos enseñársela a la hormana, cuyas
ideas estaban tan trastornadas, que nos costó no
poco trabajo el recibirlas de algun modo.
Después le contamos la historia de Azakia....
«¡Oh! eso ya es otra cosa. Ha estado casada con
un francés, y ademas está bautizada: si me hu-
biésemos dicho eso desde el principio, estábamos
despachados. Antes me daba miedo, y ahora me
cansa compasion.... ¡Pobre muger!... Lo mismo
olvidará ella a su Nosrou que yo a mi Francis-
co. ¡Pobrecita! qué lastima!» y se le saltaron unas
lágrimas que se limpió con las manos.
Cuando Azakia volvió a parecer, estaba sola
la hormana, la cual, así que la vió, echó a correr
hacia nosotros toda asustada gritando. «Ella vie-
ne; ella está; y métenos detrás de mi tia, mi-
ra por debajo de sus brazos a Azakia luego que
entré. Ya que nos vió hablar con ella, se descu-
bró un poco, y aumentándose por grados su se-
guridad, llegó por fin a descubrirse del todo.
Entonces, tomando una gran vuelta para exami-
nar a Azakia, fué disminuyendo insensiblemente
te su circulo hasta que estuvo casi junta a ella.
«¿Te doy miedo? (le dijo Azakia: la pobre her-
mana saltó tres pasos hacia atrás). ¿Qué temes?—
¡Oh! nada, nada.—Si tu supieras lo desgraciada
que soy, me compadecerías en vez de temerme.

— 96 —
quejarse de un violento dolor de cabeza. La
hermana recetó en el instante unas aguas cocidas,
y mi primo queria ir corriendo a la ciudad a
buscar un médico; pero mi tia se opuso a tode,
asegurando que no era cosa de cuidado, y nos
hizo creerlo aunque con trabajo. Cuando Azakia
lo supo, fué inmediatamente por una cabeza de
adormideras, y dejándola; «toma (dijo), ponte
esto en la frente, atándolo con una cinta, y ma-
ñana a la aurora saldrás a recibir el rocío de la
mañana, y quedarás aliviada. Todos los dias me
paseo yo en el campo en tanto que cae: le recibo,
teniéndole por las flores que el sol del dia antes
ha abrazado, y este es el instante del dia en que
Azakia padece menos.»
Mi tia tuvo la complacencia de dejarla poner
aquellas hojas en su frente, porque en todo caso
mas provecho podian hacer que daño.
Pero nosotros teníamos mucha razon por es-
tar con el mayor cuidado por esta novedad. Ello
es que aquella noche fué para mi tia la mas cruel:
a la mañana siguiente tenia una calentura furio-
sa; y antes de medio dia ya estaba de muchísimo
peligro.
Nada seria capáz de pintar la consternacion
que causó este acontecimiento. Mi primo tomó
un caballo y a todo correr fué a buscar un mé-
dico: detrás de él se despidió una silla con toda
la posible prisa; y a cada momento se estaba sa-

Algunos instantes despues llegó la hormana.
«¡Oh! (nos dijo desde muy lejos), que es eso que
me han dicho de esa muger que es peor que un
diablo?—Es una pobre salvaje.—¡Jesus Maria!
Una salvaje? ¿Y habéis admitido eso en vuestra
casa, y no teméis ser tragada una noche de estas?
—No, mi querida Marota; antes es muy dulce.—
Pero, cómo es una salvaje? ¿yo quisiera verla:
con todo no habia de estar sola; eso no, de nin-
gun modo: no por que soy cobarde, cáspita! ¡a-
mas me he dejado quitar la sopa sin romper la
cer. Pero, una salvaje! no está una hecha a no

TEMORES DE MAROTA DISPADOS.

Capítulo XX.

— 88 —
visto a Nosrou, siempre era el mas el que me
le traía.... Amigos míos, dadme aquel sitio des-
de donde se vé el mar, y dejad vuestro jardín
abierto para que pueda llegarme hasta la ri-
bera.»
«Ese sitio es tuyo (le respondió mi tia): y
tambien te dare una llave del jardín para que
puedas salir y entrar a tu gusto.—Muger bendi-
ta, tu merecias ser salvaje.»
Y nos dejó para ir a establecerse en la cum-
bre de la cuestecita.

— 81 —

Capítulo XVIII.

HISTORIA DE AZAKIA.

«Nací en las orillas del Ohio, y ya habia vis-
to catorce veces tomar y dejar su verdura los
árboles de nuestras florestas, cuando en la mis-
ma luna en que perdí a mi padre, volvieron mis
compatriotas de una expedicion con una gran
porcion de prisioneros europeos.»
«Entre ellos habia un jóven francés.... Así que
le ví, mi corazon quedó prendado de él, y me
dictó que le amase. Las mugeres tienen entre
nosotros el derecho de perdonar, y dar la liber-
tad: supliqué a mi madre que usase de él con
aquel jóven por la felicidad de Azakia, hizolo así,
y a poco tiempo me trajo el prisionero. Este no
tardó en oír mi corazon, ni tampoco el suyo es-
tuvo mucho tiempo sin corresponderme. Desde
entonces no tuvimos mas que una estera para los
dos, y nuestros dias y noches se pasaron en la fe-
licidad; la cual llegó a su colmo cuando dí a
luz...
Mi hija podria tener poco mas ó menos tu
misma edad: (me dijo, interrumpiéndose de re-
pente, y echándome una mirada asaltada): es esa
tu madre? (Respondile que nó, y que no la tenia).
Pues bien, serás mi hija: yo me tendré por tu

allí (nos dijo). En todos los sueños en que he
sueños.— «Verdad es, verdad es que se ve desde
demostraciones de júbilo, y después volvió á no-
Luego que llegó á ella la vimos hacer varias
subiendo á la altura lo mismo que un gamo.

do ya había echado á correr hacia aquella parte.
ver...» Aun no se había acabado de decir cuan-
altura que hay al fin del jardín, se le puede
hacia esta parte?—Si—Muy lejos?—Desde esa
aspirando el aire...» No está el mar (nos dijo)

En esto se había levantado repentinamente y
nos y compasivos; dos séres...»
felicidad de la tierra cuando me dos séres fue-
pero lo será—Tanto mejor. El cielo quiere la
con amar á mi Victoria.—Es tu esposa?—No
has adquirido uno muy particular sobre el mo-
chos poderosos sobre todos los corazones; pero
(habló mi primo), tus desgracias le dan dere-
no pudieras mucho tiempo.—Interesante mujer
cre que, como está en mí el concluir tus males,
«Yo te lo supliré así (respondió mi tia), y
tra benéfica hospitalidad?»

vosotros y esperar á Nosrou á la sombra de vues-
fatal... «Lo queréis todos que me quede entre
calma que no había vuelto á conocer desde el día
dad por herencia, me hacen esperar una
y ese joven que como tu, parece que tiene la bon-
de á Azakia. Tu vista, la de esa respetable mujer,
Lo que dices es cruel; pero tu dulce voz persua-

— 87 —

— 82 —

madre: me haré esta ilusión; y mis males no
serán tan devoradores. Di, quieres?

Yo miré á mi tia que me hizo señas de que
me prestase á esta idea, y le respondí: «sí que
quiero; y con mucho gusto, si esto puede dis-
minuir tus penas.—Pues ven á ponerte un ins-
tante sobre mi pecho. (Hicelo así). Dios supre-
mo! (esclamó): sé testigo de que la adopto en
lugar de la hija que me llevaste, y juro amarla
desde este momento lo mismo que á aquella.

Después de varios ademanes extraordinarios,
pero cuyo conjunto infundía cierta veneración,
y después de haberme dado muchos besos, esten-
dió un paño de su vestido, y me hizo sentar so-
bre él, y continuó así.

«Nosrou (este es el nombre que di á mi es-
poso, y que quiere decir mi felicidad). Nosrou
me había enseñado su lengua, instruido en su re-
ligión, y hechóme también cristiana con unas ce-
rimonias que renovó sobre su hija poco después
que nació.

Solo le había quedado un deseo que era el
de volverse á Francia con nosotros. Sus deseos
eran leyes para Azakia; pero no quería que mi
madre, que estaba enferma, y con un pié en el
sepulcro, bajase á él abandonada, como si el cie-
lo no le hubiese dado una hija que cerrase sus
párpados.... No tardé en tener que cumplir con
este triste deber. Aun no se habían pasado quin-

— 90 —
«Oh! ya lo sé: ya lo sé. Tú has perdido tu
Nosrou, como yo mi Francisco.—También has
perdido tú á tu esposa?—Ojalá que nó!—Pues
bien, seamos amigos. (Quién podrá amarse en el
mundo si los desgraciados no se aman?)
Este final apaciguó enteramente á la herma-
na, de modo que no volvió á manifestar mas ad-
miración hasta que nos pusimos á comer, vien-
do á Azakia que estaba hecha casi á todos nues-
tros usos, porque ella esperaba verla devorar las
viandas como un buitre. Azakia por su parte no
podía comprender á la hermana, á quien ella ase-
guraba que sentía tanto la pérdida de su querido
Francisco, bebiendo vaso sobre vaso, cada ins-
tante con las lágrimas en los ojos, y concluyendo
siempre con pero es preciso hacerse el cargo, si
se acabase el día, ya estaban muy amigas una y
otra. En adelante Azakia se fué maravillando
menos de aquella mezcla de indulgencia y sen-
sibilidad que caracterizaba á la hermana; y esta,
acostumbrada á la esaltación con que Azakia pro-
cedía en todas sus acciones, y expresaba sus sen-
timientos, no cesaba nunca de elogiarlo.

— 95 —

que estás constituyendo la felicidad de tantos,
pareces abandonada al dolor? Si habrás perdido
también tu amante?»

«Todo al contrario» dijo Mad. de Verval; y
deteniéndose, según su costumbre, para volver á
seguir en su tono diferente, añadió: mi esposo
goza de buena salud, y bien pronto le verás, por-
que acabo de tener aviso de su vuelta.—Tanto
mejor si merece tener una esposa como tú (res-
pondió Azakia).—Tanto peor, porque jamás la
ha merecido (dije yo entre mí misma).

Capítulo XXII.

QUÉ INTERES HACEN TOMAR LAS BUE- NAS ALMAS!

Esta reflexión es demasiado fundada. Mas
adelante supe que en la carta que mi tia acababa
de recibir, vertía Mad. de Verval una cólera, que
llegaba á ser furor contra su muger, porque auto-
rizaba el amor que su hijo me tenía. Esta carta
le causó una revolución increíble; aquel día nos
estubo mirando á mi primo y á mí con una es-
presión que nos tenía admirados, aunque no la
podíamos interpretar, por no saber lo que con-
tenía la carta.

Al día siguiente la encontramos con el sem-
blante mas abatido de lo regular, y la oímos

y un pa
El noble
te miran
Agostad
deslizará
tal vez r
y enton
Las flor
marchia
¡No hab
Pida tu

Febrer

á las ori

El brillante
alegres campañ
nuevo día, qu
da la majestad,
este acto. El l
vos luminosos,
diano trabajo.
y variados can
alimento, que
quiera les ofrec
das y lucientes
te con sus aro
naturaleza ente
largo en que
noche, todo co
creación. Hallá
Aznalfarache, s
les riberas del
frutar su vista
ta Sevilla. Com
posible, recurrí
pueblo, con el
me, agradador
les y despejada
nuestra barca s
zar del espectá
recha se estend
ra, perdiéndose
de los matices
las angostas y t
blo, que situad
tremezcladas de
descollando sobr
tillo moruno, e
fiar la mano d
rollaba su maj
ya rizada super
de plata, nos c
culo tan delicio
que á mi vista
ba al contempla
libertad el sua
mañana. Mis ser
rias; y agradabl

y un padron de ignominia te legaron...
El noble y el plebello, el sabio y necio
te miran con desden y con desprecio...
Agostada la flor de tu hermosura
deslizará tu vida tristemente:
tal vez recordarás tu infancia pura
y entonces llorarás amargamente:
Las flores de tu helada sepultura
marchitas no seran por lloro ardiente...
¡No habrá un ser que en la noche solitaria
Pida tu salvacion en su plegaria!

AMALIA DOMINGO.

Febrero 11 de 1858.

UN PASEO

á las orillas del Guadalquivir.

El brillante sol de Andalucía doraba apenas las alegres campiñas de esta comarca, anunciando el nuevo día, que se presentaba hermoso, y con toda la majestad, que el Omnipotente demuestra en este acto. El labrador, á quien despertaban los rayos luminosos, se aprestaba a continuar su cotidiano trabajo. Los pájaros, que entonaudo alegres y variados cánticos, volaban gozosos en busca del alimento, que la sabia mano del Creador, por doquiera les ofrecia, y principalmente, en las húmedas y lucientes flores, que perfumaban el ambiente con sus aromas. El ruido de los ganados, y la naturaleza entera saliendo de la soledad y el letargo en que parece estar sumergida durante la noche, todo convida á gozar las maravillas de la creacion. Hallábame entonces en el pueblecito de Aznalfarache, situado en las encantadoras y fértiles riberas del Guadalquivir, y me propuse disfrutar su vista y apacible curso, hasta la opulenta Sevilla. Como sin un guia me hubiera sido imposible, recurri á un anciano natural del mismo pueblo, con el que habia conseguido familiarizarme, agradandome sobre manera sus francos modales y despejada imaginacion. Partimos, y apenas nuestra barca se alejó de la orilla, comencé á gozar del espectáculo que imaginaba. Hacia mi derecha se estendia una sábana inmensa de verdura, perdiendose en el horizonte, teñido entonces de los matices del naciente sol: por mi izquierda, las angostas y tortuosas calles y las casas del pueblo, que situadas en la falda de un cerro y entremezcladas de olivos parecian quintas de recreo; descollando sobre esta perspectiva, el antiguo castillo moruno, cuya mole gigantesca parece desafiar la mano del tiempo. Frente á nosotros desarrollaba su majestuoso curso el Guadalquivir, cuya rizada superficie prolongandose como una faja de plata, nos conducia mansamente. ¡Que espectáculo tan delicioso, presentaba el risueño paisaje, que á mi vista se estendia! El corazon se espaciaba al contemplarlo, mi pecho respiraba con mas libertad el suave y perfumado ambiente de la mañana. Mis sentidos todos embargados de tan variadas y agradables sensaciones, parecia limitában-

se á contemplarlas, y sin embargo comparaba interiormente la predileccion de muchos, á «ruido y confusion de las corrompidas ciudades; comparaba cuán dulce es la posesion de una sencilla y verdadera felicidad, fundada en la rectitud de la conciencia, y en el goze de la naturaleza, y no en el lujo, el escándalo y la depravacion de las sociedades. Es verdad decia, que el principio social, es innato del hombre; pero si sería perfecto cuando no se tergiversase su mision. Nunca concluyera mi éxtasis si el guia no me sacara de él preguntándome la causa de mi absorcion.—Considero le respondí, los muchos bienes y goces que el hombre tendría, si obrase conforme á la naturaleza, aunque esta siempre le brinda con sus dones. La posesion de ellos, replicó el anciano, es la causa de todos sus males: no contento con los que su industria le proporciona, imita á los brutos, y emplea la fuerza, para saciar su ambicion. Prueba de ello, en este lugar tan encantador que admirais, se han verificado sangrientas luchas que han llevado la desolacion y el espanto, al seno de multitud de familias. Ved pues, como los hombres mezclan sus ambiciones, y deseos, con el pretexto de conquistas, ó con la esperanza de una felicidad, que yo no creo pueda conseguirse con esos medios. Es verdad, que los primeros que se emplearon, fueron justos porque el hombre en su estado de incivilizacion primitiva, necesitó de la fuerza para contener á los que se desbordaron en la marcha que la buena sociedad les imponia. No puede menos de admirar la verdad de estas reflexiones; mucho mas en boca de un personaje inculto, y ageno á tales conocimientos. Para satisfacer mi curiosidad le contesté: habláis bien y mal á el mismo tiempo; bien, porque si como todos por la generalidad conocen esas máximas las practicasen, gozaríamos sin duda, de los dones inherentes á tal estado; mal, porque esta práctica necesaria para su realizacion (principalmente,) y para su consecutiva observancia, emplear los mismos agentes, que tanto habeis reprobado. Conozco respondia sonriendo el compañero, la idea fija y dominante de muchos filósofos; pero no concibo como por el miedo de si un bajel es ó no belero nos privemos de viajar en él, sin conocer y experimentar antes sus cualidades. ¿A que conduce reprochar una cosa ó accion cualquiera, sin conocerla? estoy seguro que si el género humano así como empezó por la observancia de leyes patriarcales, las hubiera continuado obedeciendo, no necesitaria hoy tanta multitud de leyes para su gobierno, probando con esto su corrupcion; por que una leve enfermedad necesita un corto remedio, una lecion grave, los mas enérgicos. Muy alto os remontais amigo, pero yo creo tambien, que han existido personajes rijidos observadores de las costumbres y leyes mas severas. Pasábamos entonces frente á una quinta situada en la margen derecha del rio, y su lindo aspecto absorvió mi atencion separándome de las reflexiones de mi guia á quien miraba ya como un sábio, ya como un antagonista. Delicioso era á la verdad el tránsito desde el pueblo hasta la quinta, desde la cual aparecia la capital de la Bética, y aunque algo abstraído en la anterior conversacion, no dejé de observar, las huertas y prados que cubrian las orillas del rio: en unas, los na

ranjos, limoneros y varias clases de frutales ostentaban sus ricas producciones alegrando la vista, y embalsamando los aires; en otras, estensas llanuras cubiertas de verdor, alimentaban multitud de ganados que con sus diferentes colores, semejaban otros tantos bordados de aquel inmenso tapiz. Infinitas aves de ribera, cruzaban el espacio rasando con sus alas la tensa superficie de las aguas, y describiendo caprichosos jiros, se remontaban volando con la presa hasta perderse de vista. En los espesos jarales que á distancias en la orilla se encontraban, mil pintados y vocingleros pajarillos aturdian al par que deleitaban el oido, con sus alegres melodías. El Sol que en el horizonte aparecía esplendoroso, reberberando en las aguas, las teñía de los variados y brillantes colores del prisma.

Todas estas circunstancias reunidas formaban un conjunto tan encantador, que arrebatava la imaginacion y la hacia recorrer las portentosas maravillas de la creacion. Además, la vista de la ciudad saliendo como de un jardin, rodeada de sus frondosas alamedas, pintorescos edificios, y la multitud de naves que atracaban en sus muelles, todo era un nuevo y poderoso incentivo, para el vuelo de la imaginacion. Esta recordaba con orgullo los ilustres bijos que honran á Sevilla, en toda clase de materias. ¿Quién podrá olvidar un Arguijo inmortalizando con sus cantares este rio objeto de sus viajes y pábulo de mis reflexiones?, un Rioja, un Céspedes, un Lope de Rueda, y un Arias-Montano con infinitos varones que bevieron sus divinas inspiraciones en tan fertiles y deliciosas riberas. Mi guia no podia menos de dar rienda suelta á sus reflexiones, mirad esa torre decia, en ella han residido ilustres personajes; don Enrique de Trastamara, y Beltran Duguesclin, la tuvieron por carcel; hoy solo conserva su esencia y fama. Al rededor de ella, campaba un ejército lleno de valor y entusiasmo. En las aguas que bañan su pié, una armada numerosa, al menos rica en decididos marinos, verificaba en tiempos hazañas dignas de noble recuerdo. En ese populoso barrio, existió un castillo formidable residencia del tribunal del Santo Oficio y baluarte poderoso que defendia la entrada en la ciudad: hoy ha desaparecido, lo mismo que el Tribunal, y creo que impelidos por una misma causa. En efecto, contesté, es verdadero tu juicio, en poder del uno era el signo de la opresion politica y en poder del otro.... no diremos mas por que es materia muy ardua y difícil de resolver. Mejor será que reflexioneis la estraña peregrinacion, que nos presenta este conjunto de monumentos, y el de observaciones que nos sujieren. No acierto, respondí.—Pues es sencilla; siempre que la ocasion como al presente, nos proporciona hablar, sobre lo que fué, recordamos ya sus acciones ilustres, si tratamos de personajes, ya sus monumentos si de pueblos, ya sus tendencias, si de gobiernos, ya sus adelantos, si de ciencias.... Si esto es así ¿en que consiste que en la moderna civilizacion, cuando blazonamos de tantos conocimientos, no se reproducen esas acciones, ni se construyen esos monumentos, ni se comprende la diversidad de tendencias gubernativas? En la presente situacion, la filosofia natural no se hermana con la científica, ó si lo hace es de una manera poco inmediata, y esa es la causa verdadera. Sin embargo, este magnífico puente, es una prueba irreprochable de los

adelantos modernos; y mas todavia, esas vias férreas, de las cuales es necesario ser muy obsecado, para no conocer las ventajas.

Manuel Crespo.

(Se concluirá.)

Máximas Morales.

Honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largos años en la tierra prometida. (*Decálogo IV.*)

Hijo eres y padre serás; lo que con ellos hicieres, contigo harán. (*Parafraasis de Salomon.*)

Desgraciado aquel que no le da honor á sus padres. (*Labudornais.*)

Maldecidos serán siempre los hijos de Cam, pues este no cubrió la desnudez de su padre.

(*La Cordaire.*)

El hombre desagradecido es como la serpiente, que muerde al que la recoge en su seno.

(*Comedia antigua, anónima.*)

ADVERTENCIAS.

Habiendo sufrido modificacion el personal de esta empresa, cesa el Sr. Moreno y Gimenez en la direccion no teniendo en adelante relacion alguna con el periódico; firmando aun este número como editor responsable por no estar todavía relevado de este cargo.

Las cartas traerán el sobre: Sr. redactor de AGUILA, calle de Murillo núm. 16, Sevilla: donde se ha establecido oficina y despacho.

Los Sres. suscritores, tanto de la ciudad como de fuera, como tambien los Sres. correspondientes y redacciones de periódicos que le hiciesen falta algunos números, se servirán reclamarlo.

Se admiten suscripciones para formar nuevas series hasta el dia 28 del corriente, en que se celebra la segunda extraccion.

Por lo no firmado,

Salvador Acuña y Aguila.

Editor responsable, José M. Moreno y Jimenez.

SEVILLA 1858.

IMPRENTA DE LA REVISTA MERCANTIL.
Colcheros 21.

PER

Sale cuatro
Para cada
man, un billete
papeletas de la
nes gratis.

Año

ASOCIACION

Debiendo
esta ciudad
tiene concedi
al público se
piadoso fin, re
vir para lotes
rán en la ca
la Motilla, Vi
del Duque) de
Esta Asoci
sevillanos qu
esta ocasion,
de sus sentim
Sevilla 48

Este fenómeno
presenta en los
la apariencia s
aun hasta prec
quina de nuest
fenómenos, que
nombre de ecl
que eclipse en
quiere decir ap
siendo así, que
se de sol, este
se interpone co
á la tierra; lue
llamamos de lu
ne entre esta
misma razon qu
el de sol; mas